

# La mujer en la post-revolución: *Sueños del corazón* de Violeta Chamorro y el discurso hegemónico en Nicaragua<sup>1</sup>

José María Mantero  
*Xavier University*

A partir de la publicación en 1982 del testimonial de Omar Cabezas *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*, las memorias, autobiografías y testimonios que se han centrado en el tema de la revolución nicaragüense (1977-79) y en el devenir histórico de Nicaragua han ido indagando en la identidad nacional a partir de sus propias circunstancias individuales. Los textos de Gioconda Belli, Sergio Ramírez, Ernesto Cardenal y su hermano Fernando Cardenal, por ejemplo, ofrecen una amplia documentación para poder seguir los pasos de la historia nicaragüense y de la construcción de una identidad nacional post-revolucionaria. Las memorias *Sueños de corazón* (2007, originalmente publicadas en inglés en 1997) de la ex presidenta Violeta Barrios de Chamorro representan la proyección del dilema de la mujer nicaragüense desde su espacio hacia los límites de lo nacional. Más específicamente, en sus memorias, Chamorro subvierte la división tradicional entre el espacio privado y la esfera pública, pero no ofrece alternativa al legado político patriarcal en Nicaragua.

La construcción de una identidad nacional ocurre dentro de un marco que encasilla cualquier teorización o abstracción dualista y que puede ser “an anticipatory strategy adopted by dominant groups which are threatened with marginalization or exclusion from an emerging nationally-imagined community” (Anderson 101), tal como empezó a forjar la familia Somoza durante la década de los cincuenta en Nicaragua al tomar como punto de referencia el modelo cultural y económico de los Estados Unidos.<sup>2</sup> A pesar de ello, esta “estrategia defensiva” pocas veces tenía en cuenta el profundo arraigo de los valores autóctonos nacionales y subestimaba su autonomía entre el pueblo. Las recientes investigaciones sobre las autobiografías y memorias nicaragüenses, en su mayor parte, carecen de un enfoque que ubique al texto dentro de un discurso transicional que manipula la reconstrucción narrativa de la sociedad. Las memorias de Violeta Chamorro, por ejemplo, han caído en un vacío crítico que subestima la perspectiva antagónica de su autora en el momento de proyectar su país. Hoy en día, entre tanto anuncio del fin de la nación,

The error is to suppose that with the possible historical crisis of the nation as a cultural form, the question of culture as historically determinate, as a historically possible and necessary form of emancipatory—that question that has rendered the national question itself so seemingly intractable and mysterious—is likewise superseded. (Larsen 85-6)

Respecto a una identidad nacional, los símbolos culturales de antaño no cobran vida a través del pasado sino por la *presencia* de ese pasado en el *recuerdo* de los ciudadanos y cómo ese recuerdo “is a plasticine to be moulded according to the changing needs of the present” (Hutchinson 48). Como han escrito Mitchell Young,

Eric Zuclow y Andreas Sturm, “[The] connection between politics, identity and memory rests at the very heart of memory studies because modern politics gains legitimacy from a remembered past while forwarding contemporary agendas” (5). En otras palabras, el recuerdo y la presencia de un mítico o distópico pasado nacional está en un constante proceso de construcción evolutiva que toma como su piedra de toque el espacio imaginario nacional cultural. La reconstrucción o recuperación de la identidad nacional nicaragüense por la revolución sandinista y el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) sirve como ejemplo de la manipulación de la historia por unos fines ideológicos que frecuentemente carecían de consistencia. Por una parte, “Los campesinos y obreros rurales y urbanos debían crear su propia cultura, en lugar de convertirse en receptores pasivos de una cultura de élite cuyos códigos les eran ajenos” (Duchesne Winter 92); por otra, “*Sandinismo* never consisted of a coherent set of values and ideas capable of providing members with the guidelines needed for purposeful action. It was—and still is—a vague, contradictory, and confusing set of nationalistic slogans and proverbs” (Pérez 119). La ambigüedad de un discurso nacional sandinista que habitualmente recaía en divisiones maniqueas entorpecía el mensaje revolucionario hasta tal punto que los más marginados en Nicaragua—los analfabetos, la población indígena de la costa Atlántica y las mujeres, por ejemplo—fueron los primeros en cuestionar la legitimidad del régimen sandinista.

En Nicaragua, valores “tradicionales” y patrones culturales estadounidenses y europeos fueron promulgados durante más de cuarenta años por la dictadura de la familia Somoza (1934-1979), que limitó la participación de la mujer en la esfera pública nacional y construyó “una problemática femenina diferente a la del ama de casa de las sociedades industrializadas” (Murguialday 12). Como ha escrito Elizabeth Maier,

Para muchas—sino la mayoría—de las mujeres de la clase trabajadora, en la Nicaragua de Somoza el intercambio matrimonial implicaba asumir la responsabilidad del cuidado de los niños y las tareas del hogar, el total o parcial mantenimiento económico de la casa, delimitaciones en las decisiones relativas al desarrollo de su vida y un comportamiento sexual que las humillaba por parte de los maridos. (1980 28)

Aunque el dilema de la mujer nicaragüense aquellos años no distaba mucho de la realidad vivida por la gran mayoría de las mujeres del mundo, los esfuerzos por luchar contra el autoritarismo de Somoza vieron fruto en la formación de la Organización de Mujeres Democráticas de Nicaragua en 1963 y la Alianza Patriótica de Mujeres Nicaragüenses en 1966, patrocinadas respectivamente por el Partido Socialista Nicaragüense y el Frente Sandinista de Liberación Nacional (Murguialday 34, 35).

Con el comienzo de la insurrección sandinista en 1977, gran número de mujeres tomaron las riendas de una revolución que abriría las puertas a la participación de la mujer en la vida pública nacional. Según Norma Stoltz Chinchilla, “Nicaraguan women formally received the vote in 1955, but it was their participation in the Sandinista-led overthrow of the [Somoza] dictatorship that gave them real citizenship, including the right to speak and act in the public sphere” (179). La victoria del Frente Sandinista contra las fuerzas de Somoza en 1979 representó no sólo un nuevo comienzo para el pueblo nicaragüense sino un nuevo amanecer para la mujer y la oportunidad de determinar ella misma los espacios narrativos.

Entre 1979 y 1990, la situación política, económica y social de la mujer nicaragüense pasó por etapas que acabaron fragmentándose ante la realidad polifónica de esos once años. Al comienzo, el Frente Sandinista de Liberación Nacional ligó el proyecto revolucionario a la emancipación de la mujer e instituyó leyes que defendían la igualdad de sueldo para la mujer y el hombre, ofreció seguro médico para las mujeres y los niños, construyó guarderías y prohibió la prostitución y la publicidad que explotaba el cuerpo femenino (Bayard de Volo 35). A pesar de la presencia de Violeta Chamorro en la Junta Directiva Sandinista hasta 1980, la élite del Frente Sandinista nunca le dio importancia sustancial a la emancipación de la mujer y se limitaba a esfuerzos simbólicos que necesitaban de la aprobación de la Dirección Nacional. Ya que la política nacional fue promovida principalmente por el Frente Sandinista, prácticamente toda actividad encaminada hacia la liberación de la mujer tuvo que pasar por el embudo ideológico de la organización. Bayardo Arce, uno de los fundadores del Frente Sandinista, por ejemplo, llegó a cuestionar la necesidad de una organización de mujeres dentro del Frente (Stoltz Chincilla 182).

Desde la pérdida de las elecciones nacionales de 1990, la política del Frente respecto a la emancipación de las mujeres no ha variado. La asamblea sandinista de 1991, por ejemplo, fue testigo de una vergonzosa ausencia de mujeres representantes, ya que sólo 18 de 98 delegadas eran mujeres (Stoltz Chincilla 189); y en 2001, la cooperación entre el Partido Liberal Constitucional (PLC) de Arnoldo Alemán y el Frente Sandinista supuso un paso atrás para los derechos de las mujeres. Como indicó Isbester en 2001, “It is a saddening reality that as long as the Liberal government and the Sandinista opposition bolster the status quo, women must fight for their human rights and basic survival” (217). El gobierno de Alemán supuso para la mujer otro importante retraso en la búsqueda de la emancipación, ya que su administración se negaba a ofrecer un espacio para dialogar con el movimiento femenino/feminista nicaragüense (a pesar de su creación en 2001 del Ministerio de la Familia) y frecuentemente añoraba la época somocista y el lugar tradicional de la mujer como esposa y madre (Isbester 212). Los ideales revolucionarios sandinistas de 1979 de transformar e igualar la situación de la mujer nicaragüense respecto a la del hombre se vieron desviados por la guerra de la *contra* y una estrategia política que, al cabo, no supo corregir la marginación sufrida por la mayoría de las mujeres en el país.

Las elecciones de 1990—en las que salió victoriosa Violeta Chamorro, la candidata de la Unión Nacional de Oposición (UNO)—vio perder al Frente Sandinista una oportunidad para aprovecharse productivamente del voto femenino. A pesar de que una mujer había ganado la presidencia por primera vez en la historia de Nicaragua, la situación de la mujer era paradójica. Durante la campaña electoral, la UNO no prometía a las familias nicaragüenses llevarlas hacia alguna futura utopía sino regresar al pasado para rescatar el alma tradicional de la familia (Kampwirth 1996 70) y, consecuentemente, apelar a la mayoría de las mujeres. Como ha subrayado Criquillon, “In the 1990 elections the campaigns of the two presidential candidates represented two radically opposed agendas. For women, the UNO coalition was a return to the traditional, the known, the secure (although at the cost of our subordination and marginalization)” (225).

A pesar de una campaña sandinista que buscaba atraer el voto de las mujeres, la imagen que proyectaba la UNO retrataba la realidad nacional en términos dualistas (mujer/amor/paz versus hombre/odio/guerra/Ortega) y supo manipular efectivamente las

imágenes y los papeles maternos tradicionales (Bayard de Volo 158, 160). Durante la campaña, la UNO atrajo este voto femenino tradicional a través de la figura de Violeta Chamorro. Según Criquillon,

Doña Violeta seemed to be a woman who was not very political—as men understand and practice politics—and, as a result, many women identified with her. She was going to run the country more or less like a large household with many sons, daughters and grandchildren. She was going to clean everything up, get it in order, arrange everything in such a way that everyone had enough to eat, clothes to wear and was happy. (224)

Según Carlos Vilas en 1992, “Doña Violeta es la presidente y es al mismo tiempo la suegra y la matrona, con todo lo que eso implica en el contexto de una sociedad tradicional y de una cultura machista de veneración a la madre” (431). La elección de una mujer tradicional a la presidencia de Nicaragua se debía, en gran parte, al Frente Sandinista, ya que el partido construyó la imagen de una madre “políticamente activa” (Isbester 98) y fracasó en su intento de aclarar una política de género ambigua y paradójica cuya intención defendía los derechos de todas las mujeres pero cuyo discurso y acciones acabaron defendiendo un papel más tradicional dentro de la sociedad nicaragüense.

La victoria de la UNO en 1990 supuso la llegada de una administración que ofrecía a todo nicaragüense la posibilidad de una seguridad física y una dignidad moral, encarnadas en la figura de Violeta Chamorro. Al poco tiempo de su victoria, sin embargo, la coalición de la UNO se fragmentaba como respuesta a la política de conciliación hacia los sandinistas (Williams 26), mostrando que las mejores soluciones para el país no concordaban necesariamente con los objetivos del partido.

Para algunos observadores, la administración de Chamorro supuso un fracaso debido a una variedad de factores que incluían la incapacidad de unir a todos los nicaragüenses bajo unos mismos principios (Close 87). Desde el principio de su presidencia, a Chamorro se la retrató como una mujer privada, madre reconciliatoria y esposa y viuda leal (Kampwirth 67, 68), cuya distancia de la política tradicional, según ella, le permitiría acabar con la guerra de la *contra* (Kampwirth 1996 71). Su caracterización como una política *amateur* (Close 72) no le impidió fundar el Instituto Nacional de Mujeres y una Comisión Nacional contra la Violencia contra Mujeres (Stoltz Chinchilla 193) a la vez que ella “unequivocally embraced traditional feminine roles, striving to dissociate herself from the image of an independent or power-hungry woman” (Bayard de Volo 157). Como ha indicado Isbester acerca de esta posición enigmática, “On the one hand, Chamorro promulgated an ideal of motherhood through indirect and direct means. On the other hand, she slowly opened spaces for negotiation with the women’s movement, both domestically and internationally” (119). Como individuo, su constante negociación entre los espacios típicamente femeninos y aquellos reservados casi exclusivamente para hombres llegó a hacer las esferas privada y pública prácticamente indistintas.

La política de la administración de Chamorro, sin embargo, continuaba reforzando la imagen de una mujer tradicional “through images of feminine domesticity projected in school textbooks, the media, and the traditional Catholic Church” (Bayard

de Volo 162). Paradójicamente, la ambigüedad entre la esfera privada y el ámbito público se percibió primeramente en la figura de Chamorro. Sus consejeros de campaña, por ejemplo, eran principalmente amigos íntimos y miembros de su familia (Close 40). Y durante esta temporada de campaña, con frecuencia mencionaba a sus cuatro hijos—dos sandinistas y dos anti-sandinistas—y subrayaba lo bien que se llevaban. Como subraya Kampwirth, “Maternal love had triumphed over political divisions, and if it could work for Doña Violeta’s immediate family, why not for the whole Nicaraguan family?” (69). Según Vilas, “Los lazos familiares facilitaron puentes de contacto permanente entre grupos y posiciones políticamente diferentes e incluso enfrentados, sentando las bases para un tratamiento también diferenciado de temas y actores” (428). Aunque gran cantidad de miembros de las familias Chamorro y Lacayo llegaron a trabajar directa o indirectamente con el nuevo gobierno, esta simbiosis entre lo privado y lo público conllevaría una política radicalmente diferente de la década sandinista y transformaría las bases para el desarrollo y la emancipación de la mujer nicaragüense.

Las memorias de Violeta Chamorro, *Sueños de corazón*, sirven de documento clave para comprender la subversión durante su administración de la separación la esfera privada y el ámbito público y, paradójicamente, cómo tal subversión no ofreció ninguna alternativa a la tradición política patriarcal del país. En la obra, Chamorro dicotomiza las relaciones entre hombres y mujeres al describirnos el trasfondo de su familia y presentarla como una familia tradicional. Sobre su padre, escribe de sus “agotadoras responsabilidades” (20); su madre, “rigurosa, pero amable, en la aplicación de sus reglas” (20), “Poseía una gracia indescriptible, y se desplazaba por la casa con la elegancia de una gacela” (29).

También escribe sobre su marido, el conocido periodista Pedro Joaquín Chamorro, asesinado en 1976 por sus actividades a favor de la libertad de expresión, e integra a través de los comentarios la vida privada en su vida pública. En una carta de 1959, nos cuenta Chamorro que Pedro le pide lo siguiente: “Dile a nuestros hijos que la Patria son ellos y otros niños como ellos, y que por ellos debemos sufrir y en ocasiones incluso morir” (91). Cuando fue detenido en 1967, ella escribe que “Para los niños [nuestros] quedó perfectamente claro que en nuestro país una vida en la política implica grandes riesgos y que uno debe estar en todo momento dispuesto a aceptar las consecuencias de sus acciones con gracia y dignidad” (104). Al morir su esposo unos años más tarde, Chamorro reflexiona que “El don que hemos recibido de la tragedia que representa la muerte de Pedro es la unidad nacional” (159). Y hacia el final, al recordar su decisión de presentarse a las elecciones nacionales como candidata de la UNO, Chamorro afirma que “Siempre he pensado que mi candidatura fue producto de las circunstancias y que yo me entregué a ella para que Pedro y Nicaragua pudieran triunfar a través de mí” (347). Para la narradora, la combinación de lo privado y lo público en Pedro representa una unión lógica entre la vida de puertas adentro que hacía su esposo y su vida pública. Los hijos—mencionados repetidamente, cuya educación se lleva a cabo en la casa—representan no sólo esa unión entre pasado y futuro, sino ese enlace entre la vida privada y la vida pública. La “Patria,” según la vivía Pedro Joaquín Chamorro y la narra Violeta Chamorro, trasciende cualquier limitación física o emocional y marca que nosotros somos vehículos discursivos, eslabones entre los distintos componentes de nuestra sociedad. Cuando delante de la casa familiar se manifestaron miles de nicaragüenses de distintos partidos políticos contra el asesinato de Pedro Joaquín, escribe “ ‘Tiren esas banderas, fue lo primero que le dije a la multitud. Levantemos sólo la bandera de Nicaragua’ ” (139). La muerte de un familiar, de su esposo, fue lo

suficiente para borrar las distancias, para empezar a unir al pueblo nicaragüense y servir de impulso hacia la revolución contra Somoza.

En las memorias, la representación de la familia tradicional como microcosmo y extensión de la nación nicaragüense se repite a lo largo de sus páginas y crea un espacio donde las diferencias entre las dos son indistinguibles. En la procesión fúnebre durante el entierro de Pedro Joaquín, recuerda Chamorro que “[Sus hijas] Cristiana, Claudia y yo íbamos delante, enarbolando la bandera nicaragüense” (141). No solamente conecta la muerte de su marido a la recuperación de una identidad nacional desplazada durante los años somocistas, sino que extiende la noción de una nueva Nicaragua y prácticamente se arroja con la bandera como si su familia fuera también un espacio más del territorio. Más adelante, continúa conectando la familia al país al describir la boda de su hija Cristiana, afirmando que “Mientras celebrábamos nuestra fiesta familiar en Monimbó, barrio indígena de Masaya al sur de Managua, estaba gestándose [en Monimbó] un levantamiento [contra Somoza]” (152). Por una parte, resalta la distancia afectiva entre la fiesta familiar, algo ajena a la realidad que se vivía en otras partes de Monimbó, y las circunstancias políticas; por otra, Chamorro igual logra conectar las actividades familiares del momento a los comienzos de la revolución contra el tirano: el comienzo de una vida nueva para su hija ocurre a la par con lo que sería un nuevo capítulo en la historia nacional de Nicaragua.

A veces sus comentarios sobre la familia y la nación asumen un color idealista y algo irreal que condiciona nuestra percepción de esa íntima conexión entre las dos. En la última parte del libro, Chamorro reflexiona y manifiesta que “La diversidad y unidad que alcanzamos en el núcleo de nuestro hogar se traduciría a nivel nacional en pluralismo y democracia” (348), extendiendo la supuesta diplomacia de la familia Chamorro al “pluralismo y democracia” del resto de un pueblo que aún luchaba con las secuelas de la guerra de la *contra*, que había tolerado el desmantelamiento de algunos de los adelantos sociales de la década sandinista, que seguía buscando una solución para los problemas planteados por la mayoría indígena de la costa atlántica y que aún marginaba sistemáticamente a la mujer. El “pluralismo” y la “democracia” permitieron unas elecciones nacionales donde, al cabo, la UNO se descompuso por fuertes desacuerdos internos y demostró la seriedad del compromiso para y con la democracia; durante la administración de Chamorro, sin embargo, los términos “pluralismo” y “democracia” se proyectaban desde el ámbito económico y se reducían frecuentemente a la libertad de inversión y a la privatización de empresas nacionales. Por ello, cuando, al final del texto, Chamorro escribe que “El bienestar de toda una nación depende de la moral que logramos enseñar a nuestros hijos” (381), no se pone en tela de juicio la sinceridad de la frase ni se pasa por encima la íntima conexión entre la vida privada y la vida pública: resalta, a la par, el idealismo y el tradicionalismo de una mujer cuyas ideas para el mejoramiento de la nación estaban íntimamente vinculadas a la educación que ella había recibido de sus padres y que estaba proporcionando a sus hijos. Nación y familia fueron, según se percibe en el texto, cara y cruz de la misma moneda.

A través de sus memorias, Violeta Chamorro también logra (re)construirse a la luz de su pasado y de los valores que la llevan a ligar la vida privada a la pública y, sutilmente, subvertir el legado patriarcal al extender el tradicional terreno de la mujer a la vía pública. Paradójicamente, su punto de referencia es una familia nuclear tradicional cuyas bases no se desvían de las costumbres consabidas. Según Chamorro,

[L]a experiencia de una mujer como madre la dota de cualidades únicas para gobernar. Acostumbrada a administrar a diario las relaciones familiares, una madre está siempre más capacitada para comprender la gran paradoja de las emociones humanas: por ejemplo, que es perfectamente posible que las personas se comporten de formas buena o mala, dependiendo del nivel de hostilidad que exista en su entorno. (337)

Aparte de su implícita descalificación de una mujer soltera (o casada y sin hijos) “para gobernar,” Chamorro extiende esa experiencia privada de la maternidad hacia el ámbito del gobierno para conectar los dos mundos, reconociendo la labor de una “simple” madre y simplificando las dificultades del duro trabajo político, contraponiéndose implícitamente, como ejemplo, a la actividad política practicada hasta el momento por los hombres.

En el texto, Chamorro describe su visión de la nación a partir de una serie de emociones internas que externaliza a través de la escritura. Cuando se va viendo que el país estallaría en una revolución nacional, por ejemplo, ella apunta que “A medida que nos aproximábamos a esa encrucijada de nuestra historia, ya estaba sumida en un gran dolor” (141). La proyección de sus emociones hacia el transcurso de la historia nacional no excluye identificarse con todo ciudadano al emplear “nos aproximábamos” y “nuestra historia” para apuntalar las observaciones y hacer que traspasen los límites del sentimentalismo o el patetismo: las encaja plenamente dentro de un contexto político específico en plena transformación.

Esta extensión de lo privado e interior a lo público también se percibe en el texto cuando narra su turbación al describir su dimisión de la Junta Directiva del Frente Sandinista en 1980 en menos de un año por diferencias ideológicas: “Mi tristeza era que al final del periodo de nueve meses, estaba dando a luz a una democracia muerta” (208). El uso de una metáfora materna y la alusión al nacimiento de una nueva nación post-revolucionaria conectan el plano privado e íntimo de la narradora al destino público que le espera al país, como si éste fuera un hijo desatendido que no recibe los cuidados que necesita de los líderes sandinistas en el poder.

En el texto, su decisión de presentarse a las elecciones de 1990 se entiende por sus repetidas referencias al país como símbolo de la gran familia, al pueblo como otro hijo más. En la campaña de 1990, Chamorro logró sintetizar efectivamente la vida privada y la vida pública para presentarse como una auténtica alternativa a un Frente que no soltaba la cansada retórica revolucionaria. Sus viajes, discursos y tertulias con los nicaragüenses durante los primeros meses de 1990 la obligaron a presentarse ante una nación que la conocía principalmente por ser la esposa de Pedro Joaquín Chamorro, y a abrirse con los electores. Escribe que, durante la campaña, “Puedo afirmar que, cada vez que hablaba, me sentía como una mariposa emergiendo de su capullo” (316). No solamente se comparte sino que, como alude la metáfora, se transforma ante sus conciudadanos al hacer visible lo invisible y dar a conocer al público sus lados más privados.

Esto lo hace, a lo largo de sus memorias, al escribir sobre la campaña: subrayar cómo lo privado y lo público, lo íntimo y lo extrínseco se entremezclan y se llegan a confundir. “En aquellos escenarios,” indica Chamorro, “era como si existiera entre nosotros [el público y yo] un lazo intangible que parecía casi mágico. Me parecía

maravilloso poder ayudar a los ciudadanos de mi país, dar esperanza a sus corazones” (316). Según describe la narradora, la conexión entre ella y su público no se debe necesariamente a factores como el entusiasmo por la plataforma de la UNO: se debe a ese vínculo “casi mágico” que une la interioridad de la escritora—su ilusión, su idealismo—a la interioridad de los concurrentes, esa “esperanza [en] sus corazones.” La falta de experiencia política en el ámbito público no es un obstáculo para ella: “[A]unque yo carecía del estilo de un político profesional, podía ver esperanzas y confianza en los ojos de hombres, mujeres, niños, familias enteras que acudían para oírme hablar, y que me abrazaban calurosamente” (322). A lo largo del texto se repite este tema de la afectividad compartida entre ella y el pueblo. Queda implícito que su falta “del estilo de un político profesional” le permite percibir lo que un político nacional más tradicional y pulido como Daniel Ortega—el “gallo ennavajado” durante la campaña—no supo apreciar: que gran número de nicaragüenses deseaban cambiar el sistema imperante por otro que los “sentiría” y los comprendería dentro de su particularidad. Por ello, a Chamorro la “abrazaban calurosamente” al comprobar que en ella imperaba una política afectiva que buscaría superar las dificultades de unos años ochenta dominados por la legislación que impuso por el patriarcado de la Dirección Nacional del Frente. Esta confusión entre la esfera privada y la pública, sin embargo, no lleva a la construcción de un espacio transformador ni obliga a repensar las relaciones entre hombres y mujeres. Simplemente extiende los papeles tradicionales igualmente a los dos terrenos.

Lo afectivo en las memorias adquiere un elemental significado al ser el terreno desde el cual, a primera vista, se desestabilizan las estructuras públicas de poder y de representación histórica. Después de un viaje de campaña a Chontales, Chamorro escribe que “Desde ese momento, sentí el descontento que experimentaba la población por lo que consideraban el secuestro comunista de Nicaragua” (317). Aparte de usar un lenguaje como “el secuestro comunista” para reconocer implícitamente que la región de Chontales nunca apoyó mayoritariamente al gobierno sandinista debido a las injusticias sufridas por la población indígena que linda con las provincias atlánticas, la escritora se centra en el enlace entre sus emociones y las de su público. Indica que “[siente] el descontento,” repetida alusión a dos emociones análogas que, en el ejemplo, aniquilan la necesidad o el anhelo de una comprensión lógica. En la misma página, sigue combinando de modo efectivo lo íntimo y lo público:

Hablé con la gente en un lenguaje claro y directo, exponiéndoles los objetivos de mi cruzada. Les hablé de Pedro, de mi fe religiosa, de la salvación de nuestra nación y de lo que significaba ser una República. Intenté abrirme ante ellos, revelándoles en el proceso muchos de mis sentimientos y convicciones más íntimas. Me mostré vulnerable. (317)

Su lenguaje, “claro y directo,” se distingue tácitamente del típico lenguaje político que puede ser retórico y denso; ella muestra su interioridad: se sincera y ofrece su aspecto más humano: su vulnerabilidad; y su campaña trasciende los límites de la política tradicional y ejemplifica “una cruzada” cuyos objetivos representan la recuperación de la moral nacional, la “salvación” de ese espacio donde se combinan lo privado y lo público. A los proyectos de reforma y cambios legislativos prometidos por el Frente Sandinista y los líderes de su propio partido, la UNO, Chamorro indica que ella ofrecía una simple sinceridad íntima y afectiva que contrarrestaba y/o complementaba la faceta

más impersonal y fría de la política pública. Es decir, su proyecto político es la ausencia de una tácita agenda política.

Su elección a la presidencia en febrero de 1990 con el 54% del voto supuso para el Frente Sandinista un duro golpe, ya que no contaba con una derrota en las urnas electorales. Uno de los errores más importantes del Frente Sandinista durante la campaña fue subestimar la capacidad de Chamorro para efectivamente subvertir la retórica revolucionaria con un discurso intimista que ampliaba las fronteras de lo público e incluir a miles de nicaragüenses desesperados por el difícil momento que atravesaba el país. En su inauguración, vestida de blanco, Chamorro continuó elaborando ese lazo idealista y afectivo para con el pueblo nicaragüense, explicando en sus memorias que “Creía, además, que [el blanco] reflejaría la idea de pureza con la que yo veía nuestra cruzada política según iniciábamos una nueva era de paz, democracia y reconciliación nacional” (345). Aunque sigue recordando los eventos con un lenguaje antagonista que nos traza la sombra de su ideología política, Chamorro se centra en la emotividad de su discurso y en las implícitas abstracciones dualistas (paz/guerra, democracia/tiranía, reconciliación/enfrentamiento) en vez de dar el próximo paso y describir sus esfuerzos por elaborar un consenso político que representara una auténtica alternativa al legado político patriarcal. Tal emotividad aparentaría seguir minando el terreno de la política nacional al desarmar las esferas privadas y públicas de su significado tradicional. Su trabajo como presidente, por ende, fue un compromiso personal innegociable que extendió su visión individual e íntima para el pueblo: “Yo, por otro lado, había pactado sólo con Dios y estaba dispuesta a actuar de acuerdo con mi conciencia” (332); y más adelante, “Como suelen hacer las madres, consideré mi tarea la de devolver armonía y equilibrio a la familia nicaragüense” (337). Como presidente, Chamorro dispuso de la única experiencia que tenía—la privada, la de ser madre y centinela de la familia—para encargarse del pueblo, esa “familia nicaragüense” que, aparentemente, tanto la necesitaba. -

La visión que presenta Violeta Chamorro en sus memorias está teñida por la perspectiva de la narradora—no la escritora, ya que éstas son unas memorias *contadas* por ella, *escritas* por otras dos personas y, consecuentemente, *editadas* por su hija Cristiana—, una mujer que percibía al mundo en términos dualistas que no siempre beneficiaron a otras mujeres en su país ni al proyecto de emancipación femenina. Según Lorraine Bayard de Volo, “An important lesson of the Violeta Chamorro administration is that the election of women to high political office is not synonymous with the representation of women’s interests” (245). Hasta en su propio partido, la UNO, hubo contradiscursos y emergieron individuos como Miriam Argüello, quien nunca se casó ni tuvo hijos y que dio prioridad a su carrera política, llegando a ser la primera mujer presidente de la Asamblea Nacional y presidente de la Comisión sobre Mujeres. Esta faceta alternativa, sin embargo, se presenta poco en el texto. Al cabo, las memorias de Violeta Chamorro *Sueños de corazón* revelan la personalidad de una mujer cuyo plan de acción subvirtió la división tradicional entre la esfera pública y la privada y territorializó el campo de la lucha feminista nicaragüense, y cuyos recuerdos reflejan un programa político que realmente no ofreció una alternativa al legado político patriarcal. Por ello, la lectura de estas memorias debe ser obligatoria para toda persona que desee comprender mejor la dinámica de su administración y la búsqueda por su autora de una autonomía individual dentro de una accidentada historia nacional.

## Notas

<sup>1</sup> Me gustaría agradecer a Natalia Jacovkis por una lectura preliminar de este artículo.

<sup>2</sup> Como ha afirmado T.M. Scruggs, “The Somoza period did not involve a direct suppression of the nation’s *cultura popular* but rather a neglect and negative stigmatization in favor of foreign models” (54).

## Obras citadas

- Anderson, Benedict. *Imagined Communities*. London: Verso, 2006 (1983). Print.
- Bayard de Volo, Lorraine. *Mothers of Heroes and Martyrs. Gender Identity Politics in Nicaragua, 1979-1999*. Baltimore, MD: John Hopkins UP, 2001. Print.
- Chamorro, Violeta Barrios de. *Sueños del corazón. Memorias*. 3a ed. Escritas por Sonia Cruz de Baltodano y Guido Fernández. Traducidas por Andrés Linares. Editadas por Cristiana Chamorro. Managua: Fundación Violeta Barrios de Chamorro, 2007 (1996). Print.
- Close, David. *Nicaragua. The Chamorro Years*. Boulder: Lynne Rienner, 1999. Print.
- The Council of Freely-Elected Heads of Government. *Observing Nicaragua’s Elections, 1989-1990*. Atlanta, GA: The Carter Center of Emory University, 1990. Print.
- Criquillon, Ana. “The Nicaraguan Women’s Movement: Feminist Reflections from Within.” In Sinclair, Minor, ed. *The New Politics of Survival. Grassroots Movements in Central America*. New York: Monthly Review P, 1995. 209-37. Print.
- Duchesne Winter, Duchesne Winter, Juan. “¿Te dio miedo la crítica? Política cultural y cultura política en el sandinismo.” *Cupey* 13 (1996): 88-96. Print.
- Hearing Before the Subcommittee on Western Hemisphere Affairs. *Democracy and Reconciliation in Nicaragua: A Critical Assessment*. Washington: US Government Printing Office, 1993. Print.
- Htun, Mala. “Women and Democracy.” In Dominguez, Jorge I. And Michael Shifter, eds. *Constructing Democratic Governance in Latin America*. 2<sup>nd</sup> ed. Baltimore, MD: Johns Hopkins UP, 2003. 118-36. Print.
- Hutchinson, John. “Warfare, Remembrance, and National Identity.” In Leoussi, Athena S. and Steven Grosby, eds. *Nationalism and Ethnosymbolism: History, Culture and Ethnicity in the Formation of Nations*. Edinburgh: Edinburgh UP, 2007: 42-52. Print.
- Isbester, Katherine. *Still Fighting. The Nicaragua Women’s Movement, 1977-2000*. Pittsburgh: UP Pittsburgh, 2001. Print.
- Jaquette, Jane S. “Introduction: From Transition to Participation—Women’s Movements and Democratic Politics.” In Jane S. Jaquette, ed. *The Women’s Movement in Latin America. Participation and Democracy*. 2<sup>nd</sup> ed. Boulder, CO: Westview P, 1994. 1-11. Print.
- Kampwirth, Karen. “The Mother of the Nicaraguans: Doña Violeta and the UNO’s Gender Agenda.” *Latin American Perspectives* 23.1 (1996): 67-86. Print.
- Kirkpatrick, Gwen. “El feminismo en los tiempos del cólera.” *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 21.42 (1995): 45-55. Print.
- Kohut, Karl. “Literatura y memoria.” *Istmo*. Istmo 2004. 20. Web. 15 September 2009.
- Larsen, Neil. *Determinations. Essays on Theory, Narrative and Nation in the Americas*. London: Verso, 2001. Print.
- Maier, Elizabeth. *Nicaragua, la mujer en la revolución*. México: Ediciones de Cultura Popular, 1980. Print.
- Montoya, Rosario. “House, Street, Collective: Revolutionary Geographies and Gender Transformation in Nicaragua, 1979-99.” *Latin American Research Review* 38.2 (2003): 61-93. Print.
- Murguialday, Clara. *Nicaragua, revolución y feminismo (1977-89)*. Madrid: Editorial Revolución, 1990. Print.
- Pérez, Andrés. “The FSLN After the Debacle: The Struggle for the Definition of *Sandinismo*.” *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* 34.1 (1992): 111-39. JSTOR. Web. 12 July 2009.
- Stephen, Lynn. *Women and Social Movements in Latin America. Power from Below*. Austin, TX: U of Texas P, 1997. Print.

- Stoltz Chinchilla, Norma. "Feminism, Revolution, and Democratic Transitions in Nicaragua." In Jane S. Jaquette, ed. *The Women's Movement in Latin America. Participation and Democracy*. 2<sup>nd</sup> ed. Boulder, CO: Westview P, 1994. 177-97. Print.
- Vilas, Carlos M. "Asuntos de familia: clases, linajes y política en la Nicaragua contemporánea." *Desarrollo económico* 32.127 (1992): 411-37. Print.
- Waylen, Georgina. "Women's Movements and Democratisation in Latin America." *Third World Quarterly* 14.3 (1993): 573-87. Print.
- . "Women and Democratization: Conceptualizing Gender Relations in Transition Politics." *World Politics* 46.3 (1994): 327-54. Print.
- Williams, Philip J. "Elections and Democratization in Nicaragua: The 1990 Elections in Perspective." *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* 32.4 (1990): 13-34. Print.
- Young, Mitchell, Eric Zuchow and Andreas Sturm "The owl's early flight. Globalization and nationalism, an introduction." In Young, Mitchell, Eric Zuchow and Andreas Sturm, eds. *Nationalism in a Global Era. The Persistence of Nations*. London: Routledge, 2007: 1-13. Print.